

De esa manera es como la sociedad se divide principalmente en dos clases; los que economizan y los pródigos, el previsor y el imprevisor, el ahorrador y el despilfarrado, los que tienen y los que no tienen.

Los hombres que economizan por medio del trabajo llegan á ser dueños de un capital que pone á otro trabajo en movimiento. El capital se acumula en sus manos, y emplean otros para que trabajen para ellos. Así principia el trabajo y el comercio.

Los económicos edifican casas, almacenes, y fábricas. Proveen á las fábricas de herramientas y máquinas. Construyen buques, y los mandan á las diferentes partes del mundo. Reúnen sus capitales, y construyen ferrocarriles, puertos y diques. Abren minas de carbón, hierro y cobre, y establecen bombas para desecarlas. Emplean operarios para trabajar en las minas, y de ese modo dan origen á una inmensa cantidad de ocupación.

Todo eso es resultado del ahorro, de economizar el dinero, y emplearlo para fines beneficiosos. El hombre pródigo no tiene parte en el progreso del mundo. Gasta todo lo que adquiere, y no puede dar ayuda á nadie. Cualquiera que sea el dinero que gane, nunca se eleva su posición. No ahorra ninguno de sus recursos. Siempre está pidiendo ayuda. Es en realidad el siervo y el esclavo innato del ahorrador.

de la reorganización haya sonado ya en el reloj del tiempo, y hoy los españoles trabajan como trabajan los ingleses ó los alemanes, y relativamente no hay en España más mendigos que en Inglaterra, ni en Madrid más harapientos pordioseros que en Londres.

El afán de atesorar no existe entre los españoles con igual vehemencia que entre los ingleses, porque los españoles tienen mas desprendimiento y mayor generosidad. La uniformidad, el método, la severidad, son nobles cualidades cuando no se hevan al exceso, y para contribuir á difundirlas, dentro de nuestra modesta esfera de acción, damos á conocer á los lectores hispano-americanos obras como las de Smiles, pero bueno fuera, también, que por entre las espesas y tristes brumas del Norte penetrasen los albores de esa dulce filosofía meridional, que á pesar de su imprevisión produce momentos de solaz y de grato consuelo, pues como dice el cantar :

*Mal fin tenga el mes de Enero
Con todos sus gananciales,
Mañana, me muero yo :
¿ Para qué quiero caudales ?*
(Nota del T.).

CAPÍTULO II.

HÁBITOS DE ECONOMÍA.

Lo principal es aprender á dominarse. — GOETHE

La mayor parte de los hombres trabajan para el presente, muy pocos para lo futuro. Los sabios trabajan para ambos; para lo futuro en el presente, y para el presente en lo futuro. — *Conjeturas sobre la verdad.*

El secreto de todo éxito consiste en saber rehusarse uno á sí mismo ciertas cosas.... Si una vez habéis aprendido á quitaros de encima la mano del látigo, tendréis el mejor instructor en ello. Probadme que sabéis dominaros, y yo diré que sois un hombre educado; sin esto cualquiera otra educación para nada sirve.

SEÑORA DE OLIPHANT.

Todo el mundo grita : ¿ Dónde está el hombre que nos va á salvar ? ¿ Necesitamos un hombre ! No miréis tan lejos por este hombre. Le tenéis á la mano. ¿ Ese hombre, sois vos, soy yo, es cualquiera de nosotros !... ¿ Cómo constituirse uno mismo en un hombre ? Nada más difícil, si no sabe cómo quererlo : nada más fácil, cuando quiere.

ALEJANDRO DUMAS.

Lo necesario y la comodidad estarían al alcance de la mayor parte de las gentes, si tomaran las medidas adecuadas para asegurárselos y disfrutarlos. Los hombres á quienes se pagan buenos sueldos también podrían llegar á ser capitalistas, y tomar parte en el mejoramiento y en el bienestar de la sociedad. Pero únicamente con la práctica de la laboriosidad, la energía, la honradez y el ahorro, podrán adelantar su propia posición ó la de su clase.

La sociedad padece actualmente muchísimo más de despilfarro que de falta de dinero. Es más fácil hacer dinero que saber en qué gastarlo. Lo que un hombre adquiere no es lo que constituye su riqueza, sino la manera de gastar y de economizar, y cuando consigue, por su trabajo, más que lo suficiente para sus necesidades y las de su familia, y puede poner de lado, además, una pequeña cantidad de economías, posee indudablemente los elementos del bienestar social. Las economías podrán ser muy poca cosa, pero serán quizá lo bastante para hacerle independiente.

No hay razón alguna para que el operario bien pagado de nuestros días no pueda ahorrar una cantidad de capital. Sólo se trata de un asunto de abnegación de sí mismo y de economía personal. Los principales y más grandes industriales de hoy día son en su mayor parte hombres que han salido directamente de las filas comunes. La acumulación de la experiencia y de la habilidad es lo que constituye la diferencia entre el trabajador y el no trabajador, y depende sólo del mismo trabajador el ahorrar ó despilfarrar su capital. Si lo ahorra, verá que siempre habrá suficientes oportunidades para emplearlo provechosa y útilmente.

“ Cuando estuve el otro día en Lancashire, — dijo Cobden á sus conciudadanos en Midhurst, — visité una fábrica, en compañía de algunos caballeros, y esa fábrica pertenecía á una persona cuyo nombre no mencionaré, pero que por el momento llamaré Mr. Smith. No habría menos de tres ó cuatro mil personas ocupadas en esa fábrica cuando trabajaba, y había setecientos telares debajo de un techo. Cuando salíamos, golpeé la espalda del dueño de la fábrica uno de los amigos que me acompañaban, y con esa familiaridad franca y viril que tanto distingue á la raza del Lancashire, le dije : « Mr. Smith era hace veinte y cinco años un obrero, y todo esto lo debe completamente á su propia laboriosidad y frugalidad. » A lo que contestó inmediatamente Mr. Smith en el mismo tono franco y jovial : “ No, no lo debo todo á mi mismo ; me casé con una mujer de fortuna, pues ganaba nueve chelines

y seis centavos por semana como tejedora en los telares, cuando se casó conmigo. ”

El ahorro del tiempo es igual al ahorro del dinero. Franklin dijo : “ El tiempo es oro. ” Si se quiere ganar dinero, puede lograrse con el uso conveniente del tiempo. Pero el tiempo puede ser empleado también en muchas acciones buenas y nobles. Puede ser empleado en aprender, en el estudio, en el arte, en la ciencia, en la literatura. El tiempo puede ser economizado con sistema. El sistema es un arreglo para asegurarse ciertos fines, de modo que no se pierda tiempo alguno al realizarlos. Todo hombre de negocios debe ser sistemático y ordenado. Lo mismo deberá hacer toda mujer de su casa. Debe haber lugar para cada cosa, y cada cosa debe estar en su lugar. También habrá su tiempo para cada cosa, y cada cosa se hará á su tiempo.

No es preciso manifestar que la economía es necesaria. Nadie niega que el ahorro puede efectuarse. Vemos numerosos ejemplos de ello. Lo que muchos hombres han podido hacer, pueden hacerlo otros. Ni tampoco es el ahorro una virtud penosa. Por el contrario, nos pone en estado de evitar mucho desdén y muchas indignidades. Nos induce á que nos podamos negar á nosotros mismos cualquiera fruición conveniente, pero no á que nos abstengamos de ella. Proporciona muchos placeres honestos, de que nos privan la prodigalidad y el despilfarro.

Que ningún hombre diga que no puede economizar. Hay muy escasas personas que no puedan poner sus medios para economizar algunos chelines semanalmente. En veinte años, guardando tres chelines semanalmente llegarían á ser doscientas cuarenta libras esterlinas; y en diez años más, con el aumento de los intereses, serían cuatrocientas veinte libras. Algunos podrán decir que no pueden economizar eso ni con mucho. ¡ Bien ! Principiad con dos chelines, un chelín, ó aunque sólo sea medio chelín. Principiad con cualquier cosa ; pero, de cualquier modo, empezad á hacerlo. Medio chelín por semana depositado en los bancos de ahorro, llegarán á cuarenta libras

en veinte años, y á setenta libras en treinta años. Lo que debe formarse es el *hábito* de economizar y de saber negarse uno á sí mismo determinadas cosas.

El ahorro no requiere un valor ni una inteligencia superiores, ni ninguna virtud sobrehumana. Sólo requiere sentido común, y el poder de resistir á fruiciones egoístas. Realmente, el ahorro no es sino el sentido común en acción por un ejercicio diario. No necesita ninguna resolución ferviente, sino una pequeña y paciente abnegación de sí mismo. PRINCIPIA, es su divisa. Cuanto más se practica el hábito del ahorro, tanto más fácil se hace y tanto más pronto recompensa al que se rehusa á sí mismo, de los sacrificios que se ha impuesto.

Podrá preguntarse: — ¿Es posible que un hombre que trabaja por un sueldo pequeño pueda hacer economías, y pueda colocarlas en un banco de ahorros, cuando necesita hasta un penique para la manutención de su familia? Pero el hecho está ahí: y es un hecho efectuado por muchos hombres laboriosos y sobrios, que se privan y colocan sus ganancias economizadas en bancos de ahorros, y en otros establecimientos para los ahorros de los hombres pobres. Y si algunos pueden hacerlo, todos los que se hallarán en iguales circunstancias, harán lo mismo sin privarse de ningún placer legítimo, ó ninguna fruición verdadera.

¡ Cuán intensamente egoísta es la persona que recibe una buena paga y la gasta toda para sí; ó, si tiene familia, gasta todas sus ganancias de semana en semana, y no guarda nada! Cuando oímos de un hombre que ha gozado de un buen sueldo, y que ha muerto sin dejar nada tras de sí — que ha dejado desprovistas á su mujer y su familia — que las ha dejado á la buena de Dios á que vivan ó mueran en cualquier parte, lo consideramos como fruto de la prodigalidad más egoísta. Y sin embargo, se piensa relativamente poco en semejantes casos. Quizá se hace una subscripción, pero éstas podrán producir algo, quizás nada, y los arruinados restos de la desgraciada familia caerán en la pobreza y en el desamparo.

Con todo, un poco de prudencia podría haber evitado en gran

parte ese resultado. La privación de cualquier fruición sensual y egoísta — el de un vaso de cerveza ó de unos cigarros — pondrían á un hombre en el transcurso de los años en condición de ahorrar por lo menos algo para otros, en vez de despilfarrarlo en sí mismo. Es un deber verdaderamente absoluto para el hombre más pobre, proveer aunque sea en pequeña escala, al sostén suyo y de su familia en las épocas de enfermedad y de desamparo que á veces caen sobre los hombres cuando menos esperan semejante visita.

Relativamente, pocas personas pueden ser ricas; pero los más se hallan en el caso de poder conseguir lo bastante por medio de la laboriosidad y de la economía, para proveer á todas sus necesidades personales. Hasta pueden llegar á ser poseedores de suficientes ahorros para asegurarlos contra la penuria y la pobreza en su ancianidad. Sin embargo, no es la falta de oportunidad, sino la falta de voluntad, lo que se atraviesa en el camino de la economía. Los hombres pueden trabajar incesantemente con las manos ó la cabaza; pero no pueden abstenerse de gastar demasiado liberalmente, y de vivir holgadamente.

El mayor número prefiere el goce del placer á la práctica de la abnegación de sí mismo. En la generalidad de los hombres, es superior el animal. Á menudo gastan todo lo que ganan. Pero no son únicamente los obreros los malgastadores. Oímos de hombres que durante años han estado ganando y gastando centenares de libras esterlinas al año, que mueren de pronto, dejando á sus hijos sin un penique. Todos conocen casos semejantes. Á su muerte, hasta el ajuar en que han vivido pertenece á otros. Se vende para pagar los gastos del entierro y las deudas en que han incurrido durante su pródiga existencia.

El dinero representa una porción de objetos sin valor, ó sin utilidad real, pero también representa algo mucho más precioso, como es la independencia, y desde este punto de vista es de grande importancia moral.

Como una garantía de independencia, la modesta y plebeya cualidad de la economía es ennoblecida y elevada á la vez al

rango de una de las virtudes más meritorias. "Nunca tratéis con ligereza los negocios de dinero, dijo Bulwer, el dinero es carácter." Algunas de las cualidades mejores del hombre dependen del verdadero uso del dinero, tales como su generosidad, benevolencia, justicia, honradez y previsión. Muchas de sus peores cualidades también tienen origen en el mal uso del dinero, tales como la codicia, la tacañería, la injusticia, el despilfarro y la imprevisión.

Jamás ha llevado cosa ninguna á cabo la clase que ha vivido de manos á boca. Las personas que gastan todo lo que ganan, tienen que ser necesariamente débiles é impotentes, esclavos del tiempo y de las circunstancias. Se conservan pobres á sí propios. Pierden el respeto de sí mismos y el que deben á los demás. Es imposible que puedan ser libres é independientes. Ser pródigo es lo bastante para despojar á uno de todo ánimo y virtud viriles.

Pero un hombre con algo que haya economizado, por poco que sea, está en una posición muy diferente. El capitalito que ha reunido es siempre una fuente de poder. Ya no es juguete del tiempo y de la suerte. Puede mirar atrevidamente al mundo á la cara. Hasta cierto punto, es su propio señor. Puede dictar condiciones. No puede ser ni comprado ni vendido. Puede aguardar con alegría una vejez de bienestar y de felicidad.

Conforme se hacen los hombres sabios y prudentes, se hacen generalmente previsores y frugales. Un hombre irreflexivo, lo mismo que un salvaje, gasta lo que recibe, no pensando en mañana, en la época de la adversidad ó en los derechos de aquellos á quienes ha hecho que dependan de él. Pero un hombre prudente piensa en el porvenir, se prepara á tiempo para el día malo que pueda venirle encima á él y á su familia; y provee cuidadosamente para aquellos que están cerca de él y que le son queridos.

¡ En qué sería responsabilidad incurre el hombre que se casa. No son muchos los que piensan seriamente en esa responsabilidad. Quizá está esto sabiamente ordenado, pues pensarle mucho y seriamente podría concluir por elejar de la vida casada

y de sus responsabilidades. Pero una vez casado, debe el hombre determinar en el acto que, por lo que respecta á sus propios esfuerzos, no han de entrar en su casa las penurias; y que sus hijos no han de ser una carga para la sociedad, en el caso de que él fuera separado de la escena de la vida y del trabajo.

La economía para este fin es un deber importante. Sin la economía, ningún hombre puede ser justo, ningún hombre puede ser honrado. La imprevisión es crueldad para con las mujeres y los niños, aunque la crueldad nace de la ignorancia. Un padre gasta su sobrante en bebidas, dando poco de lo que se necesita, y no ahorrando nada, y muere después, dejando á su familia víctima de su vida. ¿ Hay alguna forma de crueldad que exceda á ésto? Sin embargo, este sistema imprevisor es seguido en grande escala en todas las clases sociales. Las clases media y la alta son tan culpables como las clases bajas. Viven gastando más de lo que sus medios les permiten. Viven en el despilfarro. Tienen anhelo del brillo y del esplendor, de la frivolidad y del placer. Luchan por ser ricos, para poder tener los medios de gastar, de beber ricos vinos, y de dar buenas comidas.

Cuando Mr. Hume dijo en la cámara de los Comunes, hace algunos años, que el género de la vida en Inglaterra era en todo demasiado alto, fué seguida su observación por una "carcajada." Sin embargo, esta observación era perfectamente cierta. Ahora es mucho más verdadera que entonces. Las personas que piensan, creen que ahora se vive muy aprisa, y que estamos viviendo con alta presión. En una palabra, vivimos en medio del despilfarro. Vivimos más allá de nuestros medios. Arrojamus nuestras ganancias, y á veces arrojamus también nuestras vidas tras ellas.

Muchas personas son suficientemente activas para hacer dinero, pero no saben cómo economizarlo, ó cómo gastarlo. Tienen bastante habilidad y laboriosidad para hacer lo uno, pero carecen de la sabiduría necesaria para hacer lo otro. Se apodera de nosotros la pasión temporal del goce, y cedemos á

ella sin considerar las consecuencias. Y sin embargo, puede ser que no sea sino el resultado del descuido, y podrá ser dominado fácilmente con fuerza de voluntad, y por la resolución enérgica de evitar las causas ocasionales de gastos para lo futuro.

El hábito de ahorrar emana en su mayor parte del deseo de mejorar nuestra condición social, como así mismo de mejorar la condición de aquellos que dependen de nosotros. Nos dispensa de todo aquello que no es esencial, y evita todo método de vida pródigo y derrochador... Una compra hecha al precio más bajo será cara, si es una superfluidad. Los gastos pequeños conducen á los grandes. Comprar cosas que no se necesitan, nos acostumbra muy pronto á la prodigalidad en otros conceptos.

Cicerón dijo : “ Carecer de la manía de comprar, es poseer una renta. ” Muchos son arrastrados por el hábito de comprar de lance. “ Aquí hay algo maravillosamente barato ; comprémoslo. ” “ ¿ Os sirve para algo ? ” “ No, por el presente no ; pero es seguro que habrá de servir alguna vez. ” La moda sigue este hábito de comprar. Algunos compran loza de china antigua — en cantidad suficiente para llenar un almacén de loza. Otros compran cuadros antiguos — muebles antiguos — vinos añejos, — ¡ todos negocios soberbios ! Habría muy poco mal en comprar estas cosas viejas, si no fuesen compradas tan á menudo á costa de los acreedores de los peritos. Horacio Walpole dijo una vez : “ Espero que no habrá otra venta, porque no me ha quedado ni una pulgada de espacio, ni un ochavo. ”

Los hombres deben preparar en la juventud y en la edad mediana los medios para gozar agradable y felizmente de la ancianidad. No puede haber nada más aflictivo que ver á un anciano que ha pasado la mayor parte de su vida con trabajos bien remunerados, reducido á la necesidad de mendigar el pan, y depender por completo de la conmiseración de sus vecinos, ó de la largueza de los extraños. Una consideración como ésta debiera inspirar en temprana vida á los hombres la

determinación de trabajar y de ahorrar, para beneficio propio y de sus familias, en los años posteriores.

En la juventud es cuando debe practicarse la economía, y en la ancianidad cuando los hombres deben gastar liberalmente, en el supuesto de que no se exceden de sus entradas. El joven tiene ante sí un largo porvenir, durante el cual puede practicar los principios de economía ; mientras que el otro va llegando al fin de su carrera, y nada puede llevar consigo fuera del mundo.

Esto, sin embargo, no es lo común. El joven gasta ahora, ó desea gastar, tan liberalmente, y á veces mucho más liberalmente que su padre, que ya está próximo á terminar su carrera. Comienza la vida donde su padre la termina. Gasta más de lo que su padre hizo en su edad, y muy luego se encuentra lleno de deudas. Para satisfacer sus necesidades incesantes, recurre á medios poco escrupulosos, y á lucros ilícitos. Trata de hacer dinero rápidamente ; especula, trafica más de lo que puede, y pronto ha concluido. Así adquiere experiencia ; pero es el resultado, no de un buen proceder, sino de un proceder vituperable.

Sócrates recomienda á los padres de familia que observen la práctica de sus vecinos ahorradores — de aquellos que gastan sus recursos del modo más ventajoso, — y que aprovechen de su ejemplo. El ahorro es esencialmente práctico, y el mejor modo de enseñarlo son los hechos. Dos hombres ganan, supongamos, cinco chelines al día. Están precisamente en las mismas condiciones por lo que respecta á la manera de vivir, las familias, y los gastos. Sin embargo, el uno dice que no puede ahorrar, y no lo hace ; mientras que el otro dice que puede economizar, y deposita con regularidad una parte de sus economías en un banco de ahorros, y al fin llega á ser capitalista.

Samuel Johnson conocía á fondo las estrecheces de la pobreza. Una vez firmó su nombre con la palabra *impransus*, es decir, *sin comida*. Había vagado por las calles con Savage, no sabiendo dónde descansar por la noche. Jamás olvidó Johnson

la pobreza por la que pasó en su temprana edad, y siempre aconsejaba á sus amigos y lectores que la evitasen. Al igual de Cicerón, declaraba que la mejor fuente de riqueza ó de bienestar era la economía. La llamaba hija de la prudencia, hermana de la templanza, y madre de la libertad.

“ La pobreza, dijo, nos priva de tantos medios de hacer el bien, y produce tanta falta de habilidad para resistir el mal, así natural como moral, que debe evitarse por todo medio virtuoso. Resuélvete, pues, á no ser pobre, y tengas lo que tengas, gasta menos. La frugalidad no solamente es la base de la tranquilidad, sino de la beneficencia. Ningún hombre puede ayudar á otro si él mismo necesita ayuda; debemos tener bastante antes que podamos ahorrar. ”

Y en otra ocasión dijo: “ La pobreza es un gran enemigo de la felicidad humana. Es evidente que destruye la libertad, y hace impracticables algunas virtudes, y á otras extremadamente difíciles..... Todos aquellos para quienes es terrible la necesidad, en cualquier principio, deben considerarse obligados á aprender las sabias máximas de nuestros económicos antepasados, y adquirir el saludable arte de disminuir los gastos; porque sin economía nadie puede ser rico, y con ella pocos serán pobres. ”

Cuando se considere, á la economía como cosa que *tiene* que ser practicada, no se la tendrá nunca como una carga; y aquellos que antes no la hayan observado, quedarán sorprendidos al ver lo que pueden hacer unos cuantos peniques ó chelines puestos de lado semanalmente, en favor de la elevación moral, de la cultura intelectual, de la independencia personal.

Hay dignidad en toda tentativa para economizar. Su misma práctica mejora. Indica abnegación de sí mismo, y comunica fuerza al carácter. Produce un espíritu bien ordenado. Nutre la templanza. Está fundada en la previsión. Hace de la prudencia el rasgo característico predominante, y da á la virtud el dominio sobre los goces. Especialmente asegura la comodidad, aleja los cuidados, y disipa muchas vejaciones y ansiedades que de otro modo podrían pesar sobre nosotros.

Algunos dirán: “ No puede hacerse. ” Pero todos pueden hacer algo. El “ no se puede, ” es la ruina de los hombres y de las naciones. En realidad, no hay mayor inconveniente que el *no se puede*. Tomad un ejemplo. Un vaso de cerveza cada día es igual á cuarenta y cinco chelines al año. Esta suma asegura la vida de un hombre por ciento treinta libras esterlinas pagaderas á su muerte. Ó, colocados en un banco de ahorros, llegarían á ser cien libras esterlinas en veinte años. Pero hay muchos que beben media docena de vasos de cerveza al día. Esta cantidad de cerveza, no bebida, alcanzaría en ese tiempo á seiscientas libras esterlinas. El hombre que gasta en bebida nueve peniques diarios desperdicia en cincuenta años cerca de dos mil libras esterlinas.

Un patrón recomendó á uno de sus operarios que “ pusiera de lado algo para los días de lluvia. Poco después, preguntó el patrón al individuo que cuánto había agregado á su capitalito. “ ¡ Á fe mía, nada, le coteístó, hice todo lo que me dijisteis, pero ayer llovió copiosamente, y todo se fué... en copitas! ”

Que un hombre deba mantenerse y mantener á su familia sin la ayuda de los demás, lo debe á su sentimiento de respeto propio. Todo hombre verdadero y que se ayuda á sí mismo, debe respetarse. Es el centro de su propio pequeño mundo. Sus amores, sus simpatías, sus experiencias, sus esperanzas y sus temores personales, ¡ cuán importantes son, para él aunque de poca consecuencia para los demás! Afectan su felicidad, su vida diaria, y todo su ser como hombre. No puede, pues, dejar de sentirse interesado, profundamente interesado, en todo lo que le concierne.

Para hacer justicia, debe pensar un hombre bien, no solamente de sí mismo, sino de las obligaciones que tiene para con los demás. No debe apuntar demasiado bajo, sino considerar al hombre como creado “ un poco más abajo que los ángeles. ” Dejad que piense en lo elevado de su destino — en los intereses eternos en que tiene parte — en los grandes designios de la naturaleza y de la providencia — en la inteligencia

con que ha sido dotado — en la facultad de amar que le ha sido otorgada, — en el hogar, en la tierra que le ha sido dada, y cesará de pensar baja ó indignamente de sí mismo. El más pobre ser humano es el centro de dos eternidades; protegiendo á todo el Creador.

Por eso, pues, que se respete todo hombre á sí mismo; su cuerpo, su espíritu, su carácter. El respeto propio, originado en el amor de sí mismo, impele al primer paso hacia el mejoramiento. Estimula al hombre á que se levante, á mirar hacia arriba, á desarrollar su inteligencia, á mejorar su condición. El respeto propio es la raíz de la mayor parte de las virtudes; de la limpieza, la castidad, la reverencia, la honradez, la sobriedad. Pensar bajamente de uno mismo es caer; algunas veces es descender un precipicio en cuyo fondo se encuentra la infamia.

Todo hombre puede ayudarse hasta cierto punto. No somos mera paja arrojada sobre la corriente para marcar su curso: sino que estamos en posesión de la libertad de acción, dotados con el poder de cortar las olas y elevarnos sobre ellas, marcando cada uno un curso para sí mismo. Cada uno de nosotros puede elevarse en la escala del ser moral. Podemos acariciar pensamientos puros; podemos ejecutar buenas acciones; podemos vivir sobria y frugalmente; podemos proveer para los malos días; podemos leer libros buenos, escuchar á sabios maestros, y colocarnos bajo las influencias más divinas sobre la tierra, y podemos, en fin, vivir para los más elevados propósitos, y aspirando hacia las más elevadas miras.

“ El amor propio y el social son lo mismo, ” dice uno de nuestros poetas. El hombre que se mejora, mejora á la sociedad; agrega un hombre verdadero al conjunto. Y estando formado el conjunto por los individuos, es claro que si cada uno mejorara, el resultado sería el mejoramiento de todos. El adelanto social es la consecuencia del adelanto individual. El todo no puede ser puro, á no ser que los individuos que lo componen sean puros. La sociedad en general no es más que el reflejo de las condiciones individuales. Todo esto es la repe-

tición de una verdad indubitable, pero las verdades indubitables tienen frecuentemente que ser repetidas para que produzcan completa impresión.

Además, cuando un hombre se ha mejorado á sí mismo, es más apto para mejorar á aquellos que están en contacto con él. Tiene más poder. Su esfera de aspiraciones se aumenta. Ve más claramente los defectos que pueden ser remediados en la condición de otros. Puede prestar una mano más activa para ayudar á levantarlos. Ha hecho su deber para consigo mismo, y puede pedir con más insistencia y autoridad á los demás sobre la necesidad de hacer igual deber para con ellos mismos. ¿Cómo podría ser el hombre un elevador del nivel social, cuando él mismo está marchando en el lado de los goces propios? ¿Cómo puede enseñar la sobriedad ó la limpieza, si él mismo es ebrio ó desaseado? “ Médico, cúrate á tí mismo, ” será la contestación de sus vecinos.

El resumen de nuestras observaciones es éste: En todas las reformas ó mejoramientos individuales que deseamos, debemos principiar por nosotros mismos. Debemos poner de manifiesto nuestro evangelio en nuestra propia vida. Debemos enseñar con nuestro propio ejemplo. Si deseamos que otros se eleven, debemos elevarnos nosotros mismos. Cada hombre puede enseñar los resultados en su propia persona, principiendo con el respeto propio.

La incertidumbre de la vida es un fuerte estímulo para proveer contra los malos días. Hacer esto es un deber moral y social, lo mismo que religioso “ Aquel que no provee para los suyos, y especialmente para los de su casa, ha renegado de la fe, y es peor que un infiel. ”

La incertidumbre de la vida es axiomáticamente cierta. El hombre más fuerte y más sano puede sucumbir en un momento por accidente ó enfermedad. Si tomamos la vida humana en el conjunto, no podemos dejar de reconocer la incertidumbre de la vida lo mismo que reconocemos la certidumbre de la muerte.

Hay un pasaje que llama la atención en “ La visión de Mirza ” de Addison, en el que se pinta la vida como un pasa-

jero sobre un puente de cien arcos. Á la entrada hay trampas escondidas puestas muy inmediatas unas de otras, por las que desaparecen multitudes, en cuanto ponen sus pies sobre el puente. Están menos compactas hacia el centro; desaparecen gradualmente, hasta que al fin sólo unas cuantas personas llegan al otro extremo, y habiendo caído también éstas por las trampas, queda completamente vacío el puente en su extremidad. La descripción de Addison corresponde á los resultados de las observaciones hechas respecto de la duración de la vida humana.

Así, de cien mil personas nacidas en este país, se ha averiguado que una cuarta parte mueren antes de haber llegado al quinto año, y una mitad antes que hayan alcanzado los cincuenta años. Mil cien llegan á cumplir noventa años. Diez y seis alcanzan á cien. Y únicamente dos personas de las cien mil, como las últimas embarcaciones de un innumerable convoy, llegan á la avanzada y desvalida edad de ciento cinco años.

Dos cosas son harto sabidas: la incertidumbre de la hora de la muerte en los individuos, y la regularidad y constancia de las circunstancias que influyen en la duración de la vida humana en el agregado. Es cosa indudable que el *promedio* de la vida de todas las personas nacidas en este país se extiende á unos cuarenta y cinco años. Esto ha sido probado por un gran número de observaciones hechas sobre la vida humana y su duración.

Observaciones igualmente extensivas han sido hechas respecto del promedio del número de personas de varias edades que mueren anualmente. Siempre es el número de las experiencias lo que da la ley de la probabilidad. Sobre estas observaciones se encuentra el cálculo de mortalidad que existe en un periodo dado de la vida. El registro ha sido guiado por las leyes de mortalidad. Los resultados, pues, tienen que ser muy exactos para justificar al registro al hablar de la mortalidad como gobernada por las leyes. Y con todo, así es.

Realmente, no debiera existir en el mundo una cosa seme-

jante al acaso. El hombre vive y muere conformándose con una ley. Un gorrion que cae al suelo obedece también á una ley. Más aun, hay asuntos en las transacciones ordinarias de la vida, que pudieran suponerse mero resultado de la casualidad, y sin embargo se ha averiguado que son de una exactitud notable cuando se les considera en conjunto. Por ejemplo, el número de cartas puestas en el correo sin que tengan dirección; el número de cartas con dirección errada; el número de las que contienen dinero; el número de las que no tienen estampilla, continúa siendo casi igual, con relación al número de cartas echadas al correo de un año á otro.

Ahora bien, comprender las leyes de la salud, y proveer contra sus consecuencias, es asunto que corresponde al hombre, como por ejemplo, en los asuntos de enfermedad, accidente, y muerte prematura. No podemos escapar á las consecuencias de la transgresión de las leyes naturales, aunque podamos haber obrado de buena fe. Debemos obrar bien. El Creador no altera sus leyes para ajustarlas á nuestra ignorancia. Nos ha provisto de inteligencia, para que podamos comprenderlas y obrar de acuerdo con ellas: de otro modo tendremos que sufrir dolor y angustia inevitables.

Frecuentemente oímos exclamar: "¡Nadie quiere ayudarnos!" Es un grito falto de ánimo y de esperanza. Á veces es un grito de repugnante bajeza, especialmente cuando parte de aquellos que con un poco de abnegación, de sobriedad y de ahorro, podrían fácilmente ayudarse á sí mismos.

Muchas personas no han aprendido todavía que la virtud, el saber, la libertad y la prosperidad, tienen que nacer de ellos mismos. La legislación puede hacer muy poco en su favor: no puede hacerlos sobrios, inteligentes y exactos. Las principales miserias de la mayor parte de los hombres, tienen origen en causas ajenas á las Actas del Parlamento.

El pródigo se ríe de la legislación. El ebrio la desafía, y se arroga el derecho de prescindir de la previsión y de la abnegación de sí mismo, echando sobre otros lo vituperable de su final vileza. Los oradores populacheros, que reúnen "los mi

liones" en torno suyo, están muy distantes del blanco, cuando, en vez de tratar de arrastrar á la multitud de oyentes hacia los hábitos de frugalidad, templanza y cultura propia, los incitan á que continúen diciendo: "¡Nadie quiere ayudarnos!"

Ese grito enferma el alma. Pone de manifiesto una gran ignorancia de los primeros elementos del bienestar personal. La ayuda está en los hombres mismos. Han nacido para educarse y ayudarse á sí mismos. Deben hacer salir de ahí su propia salvación. Los hombres más pobres lo han hecho; ¿por qué no lo han de hacer todos? El espíritu valeroso y que mira hacia arriba vence siempre.

Se ha hecho muy crecido el número de operarios bien pagados en este país, que podían ahorrar y economizar fácilmente para el adelanto de su bienestar moral, de su respetabilidad é independencia, y de su posición en la sociedad como hombres y ciudadanos. Son imprevisores y pródigos hasta un extremo que prueba ser no menos dañoso á su felicidad personal y comodidades domésticas, que perjudicial á la sociedad de que forman parte tan importante.

En "los tiempos prósperos" gastan sus ganancias de un modo atolondrado, y cuando llegan los tiempos adversos, se sumergen en la miseria. No se usa del dinero, sino que se abusa; y cuando las personas que ganan salarios debieran proveer contra la ancianidad, ó para las necesidades de una familia que crece, están en muchos casos alimentando á la locura, la disipación, y el vicio. No se diga que esta es una pintura exagerada. Basta dirigir la vista por cualquier vecindad, y ver cuánto se gasta y cuán poco se ahorra; qué proporción tan grande de lo ganado va á parar á las tabernas, y cuán poco á los bancos de ahorro ó en beneficio de la sociedad.

"Los tiempos prósperos" son á menudo los menos prósperos de todos. En los tiempos prósperos, trabajan sin cesar las fábricas; á los niños, las mujeres y los hombres se les pagan sueldos crecidos; los almacenes se llenan y vacían; las mer-

cancias se fabrican y se exportan; carruajes llenos de productos pasan por las calles; inmensos trenes de carga corren las líneas férreas, y buques pesadamente cargados dejan nuestras costas diariamente para puertos extranjeros, llenos de productos de nuestra industria. Todo el mundo parece que se enriquece y adelanta su prosperidad. Pero no reflexionamos si los hombres y las mujeres se hacen más prudentes, mejor educados, menos dispuestos al goce, más religiosos de inclinación ó si viven para algún propósito más elevado que la mera satisfacción de un apetito físico.

Si se examina detenidamente esta aparente prosperidad, se verá que el gasto se aumenta en todas direcciones. Hay demanda de salarios más crecidos; y los salarios más crecidos, cuando se obtienen, se gastan tan pronto como se ganan. Se forman los hábitos de intemperancia, y una vez formados, continúa el hábito de la intemperancia. Los salarios aumentados, en vez de ser economizados, en su mayor parte son gastados en bebidas.

Así, cuando una población es irreflexiva é imprevisora, no hay ninguna clase de prosperidad material que pueda beneficiarla. A no ser que practiquen la previsión y la economía, estarán alternativamente en un estado de "hambre ó de demasia." Cuando decae el tráfico, como sucede generalmente después de una prosperidad excepcional, no quieren consolarse pensando en lo que *podían* haber ahorrado, si alguna vez se les hubiese ocurrido que los "tiempos prósperos" podían no ser permanentes.

Durante los tiempos prósperos, se observa regularmente el San Lunes. El día de fiesta del Banco es repetido semanalmente. "¿Dónde están todos los operarios? preguntó un patrón á su capataz visitando sus construcciones, esta obra tiene que ser apurada y techarse mientras dura el buen tiempo." — "Pero, señor, contestó el capataz, hoy es lunes; y aún no han gastado todo su dinero." El deán Boyd, al predicar en Ester á favor de los hospitales de Devonshire, expresó la convicción de que la pérdida anual de los operarios ocupados

en las fábricas de algodón, el tráfico de algodón, y el trabajo de albañilería, con el *lunes ocioso*, llegaba á una suma de más de siete millones de libras esterlinas.

Si el fin principal del hombre fuera fabricar paño, seda, algodón, quincallería, chucherías y loza; comprar en el mercado más barato, y vender en el más caro; cultivar la tierra, sembrar maíz, y apacentar ganado, vivir no más que para el mero lucro del dinero, atesorar ó gastar, según fuese el caso, podríamos congratularnos entonces por nuestra prosperidad nacional. ¿Pero es éste el fin principal del hombre? ¿No tiene facultades, afectos y simpatías, á más de sus órganos musculares? ¿No tienen su espíritu y su corazón ciertos derechos, lo mismo que su boca y su espalda? ¿No tiene un alma lo mismo que un estómago? ¿Y no debiera la "prosperidad" incluir el mejoramiento y el bienestar de su moral y de su inteligencia lo mismo que el de sus huesos y de sus músculos?

El dinero solo no es indicio de prosperidad. La naturaleza de un hombre puede seguir siendo la misma. Hasta puede hacerse más deforme, mientras que él dobla sus gastos, ó agrega ciento por ciento anualmente á sus tesoros. Lo mismo es con la masa. El aumento de sus ganancias podrá proporcionarle únicamente medios mayores para disfrutar de sus placeres animales, á menos que su carácter moral guarde proporción con su adelanto material. Doblad las ganancias á un hombre no educado, y que trabaja en demasía en tiempo de prosperidad ¿y cuál será el resultado? Sencillamente éste, ¡le habréis proporcionado los medios de comer y de beber más! Así, pues, ni aun el bienestar material de la población se asegura por esa condición de cosas definida por los autores de economía política como "prosperidad nacional." Y mientras se hagan á un lado los elementos morales de la cuestión, creéremos que esta clase de "prosperidad" está calculada á producir muchos más resultados perjudiciales que buenos. Solamente el saber y la virtud pueden dar dignidad á la vida de un hombre, y el desarrollo de esas cualidades en una nación, es el único signo verdadero de su prosperidad efectiva, no la infinita fabri-

cación y venta de algodón, zarazas, chucherías, quincallerías y loza.

El obispo de Manchester, al predicar cerca de Preston en un día de gracia por la cosecha, mencionó una carta que había recibido de un sacerdote del sud de Inglaterra, quien, después de expresar su placer por el hecho de que los peones de labranza recibían mayores salarios, se lamentaba de que "al presente el único resultado que podía descubrir que habían producido los salarios más altos, era que se consumía una cantidad *mucho mayor de cerveza*. Si este es el uso que estábamos haciendo de esta prosperidad, difícilmente podríamos llamarla una bendición por la cual tuviéramos derecho ó fundamento para dar gracias á Dios. La verdadera prosperidad de la nación consistía no tanto en el hecho de que la nación aumentara en riqueza — aunque la riqueza era un atributo necesario de la prosperidad — sino que aumentara en virtud, y que hubiera una distribución más equitativa de las comodidades, contento y cosas de aquí abajo."

Al hacer las observaciones anteriores no defendemos en lo más mínimo la formación de hábitos tacaños y avaros, porque detestamos al ruin y al mísero. Todo lo que sostenemos es que los hombres deben proveer para lo futuro, — que deben proveer durante los tiempos buenos para los malos, que casi siempre les siguen invariablemente, — que deben reservar una provisión de economías como un rompeolas contra la necesidad, y asegurarse de un pequeño capital que pueda sostenersol en su ancianidad, que les asegure su respeto propio, y aumente sus comodidades personales y su bienestar social. El ahorro no está en manera alguna ligado á la avaricia, la usura, la codicia, ó el egoísmo. Es realmente, el reverso de estas repelentes inclinaciones. Significa economía con el propósito de asegurarse la independancia. El ahorro requiere que el dinero sea usado y no que se abuse de él, que sea ganado con honradez y empleado económicamente:

« No para hacer de él un *entierro*, ni tampoco para arrastrar

lujoso tren, sino para tener el glorioso privilegio de ser independiente » (1).

(1)

*Not for to put it in a hedge,
Not for a train attendant,
But for the glorious privilege
Of being independent.*

CAPÍTULO III.

LA IMPREVISIÓN.

El hombre que tiene mujer é hijos ha dado' rehines á la fortuna. — LORD BACON.

En todas las condiciones y circunstancias está el bienestar en la facultad de aquellos que tienen poder sobre sí mismos. — J.-J. GURNEV.

¿Dónde está su sentido común? ¡Ay! ¡qué imprudencia! tempranos casamientos; muchos hijos, pobres salarios y luego el asilo..... Nacen, son miseros, y mueren..... En ningún país extranjero de menos civilización que Inglaterra, existe igual imprevisión. — LORD LYTON.

Ningún hombre te oprime, ¡oh sér privilegiado, libre é independiente! pero este estúpido vaso de metal ¿no te oprime? Ningún hijo de Adán te puede mandar que vengas ó que te vayas, pero este absurdo vaso de pesado liquido lo puede y lo hace. Tú eres el esclavo, no de Cedric el Sajón, sino de tus propios apetitos brutales, y de esta maldita copa de bebida. Y te jactas de tu « libertad », tú, tonto de capirote! — CARLYLE.

Jamás se elevó por sí misma ninguna miseria pública, las plagas de Dios están aún fundadas sobre las manchas comunes de nuestra humanidad, y á la llama que destruyó al género humano, le dió el hombre el combustible, ó por lo menos el viento. — DANIEL.

Inglaterra es uno de los países más ricos del mundo. Nuestros comerciantes son emprendedores, nuestros fabricantes laboriosos, y nuestros operarios trabajadores incansables. Hay una acumulación de riquezas en el país de que no puede presentar otra igual la historia pasada. El Banco está repleto de